



CONFLUENCIA DE SABERES

Revista de Educación y Psicología

Año I - Marzo 2020



EQUIPO EDITORIAL

- **Directora**
Graciela Alonso, IPEHCS, CONICET - Universidad Nacional del Comahue, Argentina
- **Editoras Asociadas**
María Silvana Márquez, Universidad Nacional del Comahue, Argentina
María José Laurente, Universidad Nacional del Comahue, Argentina
- **Editorxs de Secciones**
Fabiola Etchemaite, Universidad Nacional del Comahue, Argentina
Beatriz Celada, Universidad Nacional del Comahue, Argentina
Lautaro Steimbregger, IPEHCS, CONICET - Universidad Nacional del Comahue, Argentina
- **Secretarixs de Diseño y Corrección de Estilo**
Laura Cecilia Martín, Universidad Nacional del Comahue, Argentina
Lautaro Steimbregger, IPEHCS, CONICET - Universidad Nacional del Comahue, Argentina
Paula Garrido, Universidad Nacional del Comahue, Argentina
Laura Delgado, Universidad Nacional del Comahue, Argentina
- **Editora Técnica**
Florencia Scilipoti, Universidad Nacional del Comahue, Argentina



Foto del Diario Río Negro (Juan José Thomes)

IN MEMORIAM

GRACIELA ALONSO

- **“In memoriam”** por RAÚL DÍAZ
Docente e investigador de la Universidad Nacional del Comahue.
- **“Privilegiada”** por RUTH ZURBRIGGEN
Colectiva Feminista La Revuelta. Neuquén, Patagonia Argentina.



IN MEMORIAM

Graciela Alonso

Por RAÚL DÍAZ

A comienzos del nuevo milenio, Graciela Alonso publica con otrxs compañerxs dos libros: “Hacia una pedagogía de las experiencias de las mujeres” y “Construcción de espacios interculturales”. El desafío que inaugura en estos territorios mapuce fue el de pasar de la cuestión de la relación entre feminismo e interculturalidad a la cuestión de la interculturalidad dentro del feminismo. A mediados de los 90’, funda con otrxs compañerxs el Centro de Educación Popular e Interculturalidad (CEPINT) y a principios de este siglo conforma con otrxs compañerxs la organización feminista *La Revuelta*. El CEPINT y el equipo de educación de la Coordinadora de Organizaciones Mapuce (NORGVBAMTULEAYIÑ) se propusieron dilucidar qué se estaba entendiendo y aplicando bajo la idea de interculturalidad. Desde el CEPINT sospechábamos de mucho neoliberalismo en ese paradigma, pero las compañeras mapu dijeron que el desafío era apropiársela pero con otros y nuevos sentidos y perspectivas. Desde el CEPINT fuimos con las pedagogías críticas y la educación popular a decirles a las mapu que esas teorías y prácticas eran mejor campo para su educación. “Gracias”, nos dijeron, pero eso será para ustedes porque el pueblo mapuce tiene su propia educación, “autónoma”, agregaron. Graciela se informó, como todxs nosotrxs, de que un pueblo originario es eso, un pueblo, y no un sector más de nuestra sociedad. Por eso esgrimimos el concepto de interculturalidad crítica para indicar una estrategia de desmantelamiento del racismo y del colonialismo de la educación argentina y no para enseñar a otros cómo tienen que ser. Desde ese lugar nos acercamos a la Educación Autónoma Mapuce y produjimos en conjunto un trabajo de base que sirvió para la formulación del documento *EDUCACIÓN para un NEUQUÉN INTERCULTURAL* (NORGVBAMTULEAYIÑ, 2000). El feminismo de Graciela Alonso se nutrió tempranamente de las enseñanzas del pueblo mapuce y pudo, desde entonces, luchar siempre y al mismo tiempo contra el patriarcado, el colonialismo y el capitalismo. Los seminarios impartidos desde el CEPINT y en conjunto con ATEN y UNTER marcan también sus enseñanzas y aprendizajes, sobre todo con maestras y maestros rurales de Neuquén. Sus proyectos de investigación desde el 2010 vuelven a retomar estas articulaciones indagando en las relaciones entre colonialismo y género, en los feminismos comunitarios, afrodescendientes e indígenas, y, en particular, en el protagonismo de esas mujeres en la pelea contra el extractivismo. De modo convergente, Graciela logra, en sus cátedras de investigación, construir y enseñar no ya -como lo plantea Harding- la relación de la ciencia con el feminismo,

sino la cuestión de la investigación dentro del feminismo. Sus últimos artículos, publicados este año (y que ella no ha podido ver impresos) se denominan “Entrañar las preguntas: desafíos metodológicos para una indagación no extractivista” y “Cuerpo y territorio desde lo alto de una torre: visibilidad, protagonismo y resistencia de mujeres mapuce contra el extractivismo”. Cuando se conforma el CEPINT, el desafío era crear en la FaCE una carrera de interculturalidad o algo parecido, como para agitar el ambiente universitario con el arribo del pueblo originario y lo que serían después Las Revueltas. Quince años después de esto, Graciela con otrxs compañerxs instalan en esta facultad la “Especialización en educación y estudios interculturales, géneros y sexualidades”. Esto fue una respuesta al crecimiento y fortalecimiento de la perspectiva intercultural y feminista en los institutos de formación docente, enarbolada por muchxs de las profesorxs y estudiantes que conocieron y compartieron luchas con Graciela.

Siempre tuvimos que corregirle a Graciela cuando escribía “Esta autora nos va a decir que...”. No, Graciela, es mejor poner “Esta autora dice”. Ahora nos damos cuenta de que la Gra siempre nos va a estar diciendo.

PRIVILEGIADA

En memoria de Graciela Alonso

Por RUTH ZURBRIGGEN

Conocí a Graciela Alonso en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional del Comahue. Allá por el 1998. La misma facultad que hoy me pide este texto. La que tantas pasiones, desvelos, trabajos y desafíos le pusieran a Graciela por delante.

La misma facultad en la que Graciela fuera docente en tres materias de la carrera que cursé. Escribo tres materias y parecen insignificantes en número comparadas con todas las que cursamos en el Profesorado en Ciencias de la Educación. Ese trío de materias fue parte de un núcleo efervescente que te hace pensar todo de nuevo. De esos espacios pedagógicos que te ayudan a sentir y a palpar muchas cosas de una manera otra. Que te producen vuelcos. Que te sacuden. Que te paralizan también para que revises tus compromisos con el conocimiento y con el mundo.

Nos conocimos en un buen momento de nuestras vidas. Con mucho por delante para hacer juntas y -a la vez- con recorridos previos que nos ayudaban a desarmar algunas cicatrices silenciadas y a movilizarnos para que las cosas sean mejores para nosotras y más allá de nosotras. Y no digo movilizarnos sólo con la acepción de marcha callejera, vale remarcarlo.

En el por entonces llamado *Encuentro Nacional de Mujeres* realizado en Bariloche, en el año 1999, nos encontramos también. No sabíamos que estaríamos en el mismo taller: Mujer y Feminismo. Sí, todo en singular Mujer y Feminismo, aunque desde nuestras perspectivas está más que claro que vale pluralizar y traer a las nominaciones otras corporalidades y otros géneros (pero eso es otro tema en el que no voy a explayarme acá). Transitar el mismo taller fue un momento fundante para todo lo que siguió después entre nosotras. Participaba en los Encuentros haciendo coincidir sus intereses activistas ligados indefectiblemente a los intelectuales, buscaba reflexionar sobre las pedagogías que allí se entraman, sistematizar aspectos de eso que ahí se venía desplegando y que fueron el germen de tanto feminismo en este país. Tan inmenso es lo andado en estos años y tan intensas las disputas que cada día con más ímpetu revisitamos el nombre del Encuentro y hay quienes lo significamos como *Encuentro Plurinacional de Mujeres, Lesbianas, Travestis, Trans, No Binaries*.

Con Graciela tuve el privilegio de aprender sobre ciencia y feminismo. Sobre pedagogía feminista. Sobre formación docente. Sobre investigación educativa. En mi condición de estudiante me invitó a formar parte de un proyecto de investigación, una práctica que no abundaba mucho por entonces de parte de docentes. Nuestros trabajos perduraron por años y

rondaron en temas vinculados a sexualidades, géneros, cuerpos, heteronormatividad, pedagogías, feminismos, blanquedad, nacionalismos, interculturalidad. Desde esos proyectos de investigación armamos seminarios optativos para las carreras en Ciencias de la Educación, adentrándonos en proponer temas que tenían poco estatus por entonces. No nos importó, persistimos.

Con Graciela tuve el privilegio de aprender a armar una colectiva feminista, *La Revuelta*, allá por el 2001. Aprendimos, no sin dificultades, a ocuparnos de la organización colectiva. Desde los inicios coincidimos que los feminismos en los que queríamos andar tienen razón de ser si nos colaboran en enunciarnos colectivamente. La política nos interesó siempre. Intervenir en política fue nuestro sur en estos años, y ese intervenir cobró diversos modos según los espacios donde anduviéramos. Los deseos y las pasiones de intervención política fueron además el salvavidas para soportar la injusticia del fusilamiento de Carlos Fuentealba, la injusticia de las violencias sexistas dentro y fuera de la universidad; para diagramar con las revueltas los socorros (el violeta y el rosa), para aprender con las mujeres del pueblo mapuce y también para afrontar las crisis que vivenciamos en la propia colectiva.

Con Graciela tuve el privilegio de aprender a pensar sospechosamente. También a escuchar y hacer de la escucha un engranaje de nuestras pedagogías revueltas. A pensar con la convicción de que queremos llegar muy lejos y estirar así nuestra capacidad reflexiva e imaginativa. Y ese ejercicio lo ensayamos todo lo que pudimos. A veces con diferencias, como no podía ser de otra manera entre dos tozudas persistentes discutidoras de todo lo que se nos antoje y de todo lo que consideramos justo echar a desarmar. Nos buscamos para pensar juntas en la asunción de que nadie piensa sola.

Graciela además fue siempre tremendamente leal a mí, cada vez que hubo conflictos difíciles que afrontar me hizo percibir que las lealtades, como escribe Delphine de Vigan (2019) “son lazos invisibles que nos vinculan a los demás -lo mismo a los muertos que a los vivos-, son promesas que hemos murmurado y cuya repercusión ignoramos, fidelidades silenciosas, son contratos pactadas las más de las veces con nosotros mismos, consignas que aceptadas sin haberlas oído, deudas que albergamos en los entresijos de nuestras memorias”.

Soy una privilegiada por haberla tenido de maestra, amiga, compañera, cómplice de revoluciones cotidianas y confidente punzante y amorosa. Somos privilegiadas porque estuvo (y estará) en la vida feminista que supimos construirnos. La extraño (y la extrañaré). Es que las presencias no son todas iguales en este mundo y hay quienes dejan ausencias profundas cuando no están. Su presencia fue siempre nítida. Su ausencia lo será también. No tengo ninguna duda de ello.

Querida Graciela, ¡hasta la revuelta feminista siempre!

